

pecto, jovial, de regular ingenio y de imaginación brillante. Señalábase entre todos por una singular devoción á la santísima Virgen; en Barcelona, con su amable carácter, se atrajo el afecto general del clero é hizo mucho fruto con sus predicaciones á los fieles. El Gobierno general de la Congregación, apreciando, como era justo, sus raras partes, y más aún su prudencia, le nombró sucesivamente Superior de las Casas de Gracia, Selva, Argel y Solsona. En Argel el Señor le sujetó á muchas pruebas y contrariedades, que acrisolaron su virtud y le allegaron más á Dios por la resignación con que las llevó, deseoso siempre de morir abrazado con la cruz. Cuando le sobrevino en Solsona la última enfermedad, que le arrastró al sepulcro, el Rmo. P. General, que le apreciaba en gran manera, envió allá para consolarle á su íntimo amigo el P. Clotet; mas cuando éste llegó, ya aquél había entregado dulcemente su alma al Criador. Acaeció su muerte el 3 de Diciembre de 1884, á los sesenta y cuatro años de edad.

El P. Miguel Rota llamó á las puertas de nuestro Instituto el 15 de Junio de 1857, á la edad de cuarenta y dos años. Era de carácter sencillo, pero muy entendido y diligente para los negocios de administración, por lo cual los Superiores le nombraron para el difícil cargo de Ministro general, que desempeñó con gran acierto hasta su muerte. Laborioso y activo por carácter, era, no obstante, amante del retiro y observante de las Reglas. A pesar de sus numerosas ocupaciones á causa de los muchos encargos que de todas partes le hacían y con que le obligaban á salir de casa con frecuencia, no dejaba ningún acto de Comunidad, era puntualísimo en todos ellos, y nunca de sus labios salía una queja por los excesivos trabajos que mayormente en los postreros años de su vida hubo de sobrellevar. Parco en el comer y en el beber, y dado de veras á la oración y mortificación, no era extraño que su muerte fuera la de los justos. Durante los días que su última enfermedad le tuvo postrado en cama, fué maravillosamente consolado y recreado con la visita diaria de Jesús sacramentado por medio de la comunión. Después de una vida pasada con gran pureza de alma y de una ancianidad gloriosa que llegó á los setenta y dos años, conservando vigorosas todas sus potencias, descansó suavemente en el Señor el 31 de Octubre de 1887, vigilia de Todos los Santos.

D. Francisco Rexach dejó gustoso un buen beneficio que poseía en Olot por abrazarse con la pobreza de nuestros primeros Padres. Distinguióse siempre por su celo y observancia en el cumplimiento de las Constituciones, con lo cual mereció la confianza de los Superiores, que le pusieron al frente de la Residencia de Tarragona, en donde le alcanzó la muerte el 6 de Febrero del año 1876, cuando contaba sesenta y un años de edad.

Mas entre los Padres que más nombre han dejado en la Congregación, á pesar de la temprana edad en que murió, fué sin duda el más célebre y acreedor á nuestros elogios el piadosísimo P. Crusats. Entró muy joven en la Congregación, y el Señor, que le destinaba para ser la primera víctima que en sangriento holocausto le ofreciera nuestro Instituto, se complació en atesorar en su inocente alma las riquezas de su bondad y misericordia. Alma tan pura como la de aquel bendito Padre, que no sabía concebir que hubiera hombres en el mundo que no amasen á Dios; alma tan tiernamente amante de Jesucristo, que deseaba y anhelaba con todos los impulsos de su corazón dar por Él su sangre y su vida; alma tan celosa por la salvación de las almas, que no podía oír hablar de las Misiones sin enternecerse y sin inflamársele el pecho de santo celo; alma, en fin, tan candorosa, de tan sencilla mirada, de tan pura intención, de amor tan sincero y tierno, más parecía espíritu angélico que humano, y no era posible que estuviera mucho tiempo en esta tierra de corrupción. El huracán revolucionario del 68 se encargó de arrancarla de sus prisiones, ciñendo sus sienes con inmortal corona y colocando en sus manos la palma del martirio.

Todos estos varones, verdaderamente apostólicos, á más de algunos otros de quienes por sobrevivir aún no hago especial mención, aun cuando los haya entre ellos dignísimos por muchos conceptos, como el Rdo. P. Clemente Serrat, que actualmente desempeña el elevado cargo de Subdirector General, fueron el consuelo de la Congregación en aquel primer decenio, que fué para el Instituto de tribulación y de prueba, y en el que echó hondas raíces de humildad para levantar luego más robusto su hermoso tronco y extender más lejos sus verdes ramas. Algunos otros hubo que entraron también en la Congregación por aquel tiempo y labraron en ella su propia santifi-

cación y la de otros, los cuales al fin, por causas independientes de su voluntad, tuvieron que dejarla, si bien continuaron siempre unidos á ella en espíritu y la favorecieron en la medida de sus fuerzas. De este número fueron D. Antonio Comellas, sujeto de carácter amable y sencillo, el cual, aunque de cortos alcances, convirtió con su incansable celo muchas personas perdidas. De resultas de un ataque apoplético, los médicos le aconsejaron que no continuara en la Congregación, la que por fin hubo de dejar, con grande sentimiento suyo; D. Pedro Vilalta, que salió también por enfermo, y D. José Portell, que á su buen talento unía algunas prendas oratorias, mas jovial en extremo, no pudo perseverar en la Congregación, á la cual, sin embargo, profesó siempre entrañable afecto y cariño, y á su muerte, acaecida siendo párroco de Santo Domingo, de Manresa, dejó á la misma todos sus libros y manuscritos.

Hubo otros, por el contrario, que entraron sin verdadero espíritu apostólico, y que por su incorregibilidad en la observancia de algunas Reglas fueron separados del Instituto, así por el buen nombre de éste como para impedir que se introdujera la relajación con perjuicio de sus individuos y con grave detrimento de las almas. Mas antes de narrar este género de pruebas porque pasó la Congregación ya en sus principios, recordaremos con brevedad los nombres de dos Hermanos ayudantes, que edificaron con sus virtuosos ejemplos á los de dentro y á los de fuera de la Congregación. El primero y más antiguo es el Hermano Juan Jordá y Verdaguer, que entró en la Congregación el año 1857, á la temprana edad de veintidós años. Joven laborioso, serio por carácter, observante por convicción, prudente por naturaleza, prestó muy buenos servicios á la Congregación en los difíciles cargos que se le confiaron, y mereció la mayor estima y confianza del mismo Superior general, á quien yo mismo he oído varias veces hablar con grande elogio de la conducta y de las cualidades de este buen Hermano. Ejerció el oficio de albañil, pero su ingenio se mostró más en el de hortelano y en las comisiones que varias veces se le encargaron. Vive aún en el momento en que escribo estas líneas; pero acaso cuando lleguen á mano de mis lectores habrá ya ido al cielo á recibir el premio de sus sólidas virtudes.

El otro se llama José Seguranyes; entró casi dos años más tarde que el anterior, pero le llevaba en edad casi seis años de ventaja. Joven bien plantado y robusto, hábil hortelano, buen cocinero, virtuoso y aplicado al trabajo; en Thuir se granjeó con su amabilidad las simpatías del pueblo, de manera que muchas personas ansiaban verle; pero él se mantuvo siempre en su humildad y fidelidad á los Superiores, y hoy es un venerable anciano, que admira á todos con su fervor y con la paz y tranquilidad de su hermosa alma.

Aunque á los principios no se hacían en la Congregación votos ni juramento de permanencia, manifestó algunas veces el Señor que no por eso dejaban de desagradarle los que sin causa justificada abandonaban el Instituto. A algunos castigó con enfermedades peligrosas, que contrajeron al poco tiempo de salidos; á otros con una inquietud de conciencia y con una terrible zozobra que no los dejaba sosegar, y á otros, finalmente, reduciéndolos á un estado sumamente miserable, faltos de todo humano y divino consuelo. Así lo experimentó el infortunado Hermano Isidro Clotet, el cual, siendo muy dado á penitencias y á otras mortificaciones exteriores, se dejó engañar del demonio, que le persuadió se saliera del Instituto, porque fuera de él podría con mayor libertad entregarse á sus mortificaciones. Mas el desgraciado se arrepintió bien pronto, porque vino luego á parar de sirviente en el hospital de Manresa, en donde hubo de aguantar trabajos y humillaciones para los que no tenía virtud ni costilla, á lo cual se juntó un gran desamparo del Señor, que le envió terribles remordimientos de haber dejado la Congregación, los cuales no le dejaban un punto sosegar, y aun fué obra de la infinita misericordia de Dios que estos trabajos porque pasó le sirvieran de purgatorio por el mal paso que había dado en salirse; pues al fin, como se humilló debajo de la mano del Señor y reconoció su yerro, alcanzó misericordia, y aunque con muchos padecimientos y torturas de corazón, llevó una vida ejemplar.

Todas las obras de Dios es ley general de la divina Providencia que pasen por la prueba de la cruz, que se purifiquen y aquilaten en la tribulación, que pasen por el Calvario para tomar una partecica de aquel santo madero ó una ramita de aquel árbol de salud, la cual luego se convierte en árbol frondosísimo, que alegra la vista con el verdor de sus hojas y con

la hermosura de sus flores, y recrea y conforta el corazón con sus regalados frutos. No podía, pues, faltar esta señal á la naciente Congregación del Corazón de María sin privarle por el mismo hecho de aquella divina savia que corre por el leño de la cruz. Vino efectivamente la tribulación, y sus amargas aguas penetraron en lo más hondo de ella, hasta su mismo corazón. El invierno que siguió á la instalación de nuestros primeros Padres en el convento de la Merced fué muy crudo y riguroso; y como por la pobreza y estrechez con que vivían escaseaban los medios de defenderse de la molestia del frío, fué indecible lo que por esta causa hubieron de padecer; mas al fin éstas y otras molestias parecidas hacíanseles muy llevaderas teniendo á la vista los ejemplos del santo Fundador y disfrutando de su amable presencia, que infundía alientos y alegría en todos los corazones. Pero á las pocas semanas de fundado el Instituto recibió el P. Claret el nombramiento de arzobispo de Cuba, en el cual, como en su lugar veremos, hubo de consentir á pesar de su repugnancia. Privar á la Congregación de su amado Fundador cuando más había menester de él, era en verdad una prueba bastante fuerte; pero ni fué la única, ni la más temible. En 1852 perdió la Congregación, con la muerte del Ilmo. Sr. Casadevall, obispo de Vich, su más firme apoyo y la esperanza que se había concebido de poder ocupar pronto el ala norte de la Casa-Misión, pues el Municipio había prometido al dicho señor, poco antes que muriese, desalojarla pronto. Mas luego que el Ilmo. Casadevall cerró los ojos á la luz, la Corporación opuso mayores dificultades al cumplimiento de lo que en justicia debía, y llegó á tal punto la perfidia de algunos hombres que osaron con esta ocasión calumniar á los Misioneros y amenazarlos con apoderarse de todo el convento en caso de insistir en su justísima demanda. Luego la muerte fué segando antes de hora las vidas de dos Misioneros, difíciles de reemplazar por otros. Tales fueron la del P. Ignacio Carbó, de que antes se ha hablado, y la del P. Esteban Sala, que describiremos más adelante.

Contradicciones de otro género y mucho más peligrosas afligieron ya en su infancia á la Congregación. Muchos fueron los que buscaron un asilo en el naciente Instituto para servir con mayor perfección al Señor en la obra de la salvación de las almas, bien que no pocos, ó por su delicada salud ó por su

desaliento, tuvieron que desistir después de haber permanecido en él algún tiempo. Estos, aunque quitaron fuerzas á la pequeña Comunidad, siguieron, no obstante, en muy buenas relaciones con los Padres Misioneros, á los que varias veces ayudaron en sus empresas del modo que podían. Pero hubo algunos sacerdotes que, privados del espíritu de abnegación y proponiéndose acaso un fin torcido, que ocultaron cuidadosamente, solicitaron la admisión y la obtuvieron á prueba; mas como, ó no habían sido llamados del Señor, ó se hicieron indignos por su conducta del don de la perseverancia, se salieron al fin ó tuvieron que ser expulsados. Para encubrir su flaqueza é inconstancia muchos de ellos comenzaron á decir que nuestras Constituciones eran demasiado austeras. Vinieron luego los envidiosos á formar coro con los despedidos, porque no pudiendo ellos por su inmortificación ó corto talento llevar á cabo las obras buenas que los nuestros hacían, trabajaban por desacreditarlas con sus dichos y habladurías; y, repetidas un día y otro las especies, dieron origen á una opinión desfavorable al Instituto, con lo cual muchas personas que por sus virtudes y talentos le habrían adelantado no poco, se retrajeron de entrar, como antes estuvieran determinadas á ello. Parecía que el mundo, el demonio y la carne se habían conjurado para destruir la obra de Dios; porque el mundo decía que, perdida nuestra juventud en un excesivo trabajo sin reportar lucro alguno temporal, se exponía á morir en la indigencia. El demonio, transfigurado en ángel de luz, á los que llamaba el Señor para engrosar las filas de nuestros primeros Padres persuadía que sería obra de mayor perfección para sus almas abrazar un Instituto religioso aprobado por la Iglesia; pues aunque no eran en España tolerados, podían irse á países extranjeros. La carne pintaba la vida de los nuevos Misioneros con los falsos colores de una rigidez insoportable.

A pesar de todos estos contratiempos, capaces de acabar con cualquier obra puramente humana, el Padre Fundador, rodeado de sus hijos más fieles, se mantenía firme, sin perder un solo instante la confianza en el Señor y en el Corazón Inmaculado de María, bajo cuya protección había puesto el Instituto. No dudó jamás de las promesas que la Virgen le había hecho asegurándole que la empresa no fracasaría y que á la postre la coronaría un éxito brillante. Casi diez años estuvo

la Congregación como estacionada, echando únicamente raíces de humildad y de abnegación. Las causas que á ello contribuyeron, según testimonio de nuestro Rmo. P. General, pueden compendiarse en las siguientes:

1.^a La admisión de un sujeto que, aunque bueno en si mismo y de excelente voz para la predicación, por sus cortos alcances, y más aún por sus modales groseros, era tenido en muy baja estima por las personas más respetables de la diócesis. Verdad es que al cabo de algún tiempo salió del Instituto, pero entretanto impidió que muchos sacerdotes de talento y muy celosos, que pretendían entrar, lo verificaran.

2.^a No siendo la Congregación á los principios más que una Asociación piadosa que tenía por fin la predicación evangélica, entraron en ella algunos exclaustros imaginando que por ser tal podrían llevar en ella una vida más ó menos ajustada á su antigua Regla; pero cuando vieron la estrechez y la perfección que la nuestra encerraba á pesar de su aparente dulzura, y que sólo con el espíritu de amor y de sacrificio podía llevarse con suavidad, retrocedieron é intentaron desacreditarla entre las personas de virtud como á cosa descabellada y ridícula.

3.^a El verse privada la Congregación de su amado Fundador cuando aún no estaba debidamente arraigada, lo cual retrajo á muchos que hubieran entrado por el prestigio de santidad de que gozaba nuestro Padre, y desalentó á otros que al lado del Sr. Claret, como si saliera de él divino influjo, sentíanse animosos y no tenían miedo á los trabajos y sacrificios.

4.^a El descontento de algunos inmortificados por la pobreza de la cama y la frugalidad de las comidas, pero mayormente de uno, que se tomaba en este sentido algunas libertades harto perjudiciales á la observancia, de las que no se corrigió á pesar de las caritativas amonestaciones del P. Esteban Sala. Perseveró con todo en la Congregación bastantes años, siendo la pesadilla de los Superiores, pues como tenía regular talento y algunas otras buenas cualidades, se había granjeado el afecto de varias familias, de los profesores del Seminario y de otras personas de consideración, y así era muy expuesto cortar por lo sano. El Rdo. P. Sala, para evitar la polvareda que su expulsión podía levantar contra el Instituto, y ansioso, por

otro lado, á causa de su gran corazón, de enderezarle por el buen camino, juzgó más prudente por entonces tolerarle, contra el parecer del P. Xifré, que á la sazón era aún súbdito. Mas cuando éste, á la muerte del P. Esteban, fué nombrado Superior General, con su carácter enérgico no se espantó por lo que dicho individuo pudiera hacer en contra del Instituto, y así, llamándole á parte, le hizo con gravedad y resolución un capítulo de reconveniones y le amenazó con echarle de la Congregación si no conseguía la enmienda. No es para pintado el efecto que tan inesperada resolución obró en el ánimo del inobservante Padre. Puso el grito en el cielo, se quejó á sus amigos y al mismo señor Obispo, acusando al P. General de tener un genio inaguantable; pero de nada sirvieron sus bravatas; antes, por el contrario, hizo con ellas más palpable su espíritu de rebelión é inobservancia, con lo cual el mismo señor Obispo y todas las personas sensatas alentaron al Superior para que procediese con energía, y así lo hizo, expulsándole de la Congregación por su incorregible pertinacia. Con la amputación de este miembro enfermo, el Instituto se robusteció y comenzó á ramificarse.

5.^a El carácter del primero y dignísimo Superior, Padre Esteban Sala, quien, aunque tan simpático y bondadoso, no osaba arriesgarse en empresas para las cuales es menester grande energía y constancia. El Señor le había destinado más para afianzar con la santidad de su vida el espíritu de los primeros Padres de la Congregación, que para extenderla y propagarla en diferentes regiones; y así, dotóle de un carácter atractivo, humilde, severo para consigo mismo, pero indulgente con las flaquezas ajenas, aunque no hasta el punto de tolerar que se quebrantaran sin causa las Reglas. Cuando sonó la hora en el reloj de la divina Providencia, suscitó otro Superior que esparciera aquella semilla, en alas de su celo, por todo el mundo.

La 6.^a y principal causa de no crecer el Instituto en el primer decenio de su fundación fué aquella Regla, que las circunstancias de los tiempos obligaron á nuestro Padre á consignar en las primitivas Constituciones, por la cual los individuos de la Congregación eran libres de dejarla siempre que quisiesen, al paso que el Instituto, al cabo de un año de permanencia en él, no podía despedirlos sin causa grave. Nació

de aquí que cuando algún sujeto se disgustaba por cualquier concepto de alguna disposición del Superior, ó no se atrevía á arrostrar por amor de Dios un sacrificio que la necesidad le imponía, volvía atrás saliéndose de la Congregación, sin que por esta causa pudiera recibir molestia alguna. Todos nuestros Padres conocían la necesidad de poner un dique á esta libertad, que tanto perjudicaba á la Congregación y á la propagación de la misma; pero las circunstancias no se presentaban aún favorables. En el año 1858, la trabajada nación española, después del Concordato celebrado con la Santa Sede, pareció volver un poco en sí misma, y restablecida ya de un modo más permanente la paz religiosa, podían los nuestros con mayor libertad establecer lo que juzgaran más oportuno para el desenvolvimiento de la Congregación sin tanto temor al poder civil. El que más comprendía la necesidad de modificar la mencionada Regla, y que con mayores ansias deseaba ver sujetos y unidos á los individuos de la Congregación con un vínculo común, obligatorio y perpetuo, era el P. Xifré, el cual, apenas tomó las riendas del gobierno, se apresuró á poner manos á la obra. Consultó la idea al venerable Fundador, que á la sazón se hallaba ya en Madrid de vuelta de Cuba, quien la aprobó con entusiasmo, porque también tenía el mismo pensamiento, y alentó á ponerla cuanto antes por obra. El celoso Superior, contento con la aprobación del que miraba y respetaba como á Padre y cabeza del Instituto, no paró ya en obstáculos de ningún género; expuso á los Padres su voluntad y deseo, y todos, á excepción de uno, que retrocedió, aplaudieron el pensamiento; y uno tras otro, comenzando por el Superior general, emitieron el juramento de permanencia perpetua en la Congregación, y además cada uno hizo privadamente sus votos de pobreza, castidad y obediencia, temporales ó perpetuos, según su devoción. En adelante no se admitió á ninguno sin dicho juramento.

A pesar de las contradicciones que tuvo la Congregación desde un principio y de la escasez de Padres, fué inmenso el fruto que hizo en casi todo Cataluña dando ejercicios y Misiones. En 1850, un año después de la fundación, sólo había en ella nueve sacerdotes y algunos Hermanos ayudantes; con todo, predicaron en tres diócesis, dando en ellas veintisiete Misiones, sin contar otros muchos sermones sueltos, triduos,

quinarios y novenarios, y muchísimas tandas de ejercicios espirituales al clero, á ordenandos, á varias Comunidades religiosas y á toda clase de seglares. Siguiéronse los mismos trabajos en los años sucesivos á proporción del número de operarios.

“Á imitación de nuestro amado Padre Fundador,— escribe el P. Clotet en sus Memorias, — íbamos á las Misiones á pie, aunque los pueblos adonde nos enviaban estuvieran á largas horas de distancia. No recibíamos dinero, ni cosa equivalente, por nuestros trabajos apostólicos; en algunos pueblos, no estando hospedados en casa del párroco, sino en otra habitación que él nos señalaba para que estuviésemos más libres y pudiésemos seguir nuestro Reglamento como en casa, vivíamos de limosna, ó sea de los alimentos frugales en especie que las gentes espontáneamente nos traían. Concluída la Misión, se distribuía lo sobrante entre los pobres. En uno de estos pueblos aconteció que, ofendida la gente por haberles dicho alguno, sin que nosotros lo supiéramos, que se trataba de hacer un reparto para mantenernos, el primer día no nos trajeron nada de comida, y á una hora muy avanzada de la mañana el Hermano coadjutor, que nos la tenía que guisar, nos dijo que no sabía qué darnos para comer, pues nada le habían traído. Mas como la divina Providencia no falta jamás á los que buscan el reino de Dios y su justicia, se presentó luego un hombre de parte de una caritativa señora diciendo era el encargado de administrarnos cuanto nos conviniera. El día siguiente ya no fué necesario su socorro, pues fueron muy abundantes las provisiones de los fieles. En 1854, habiendo invadido el cólera morbo la diócesis de Vich, nuestro Rdo. P. Superior, en nombre de todos nosotros, se ofreció al señor Obispo para que nos enviase á los puntos de mayor necesidad y peligro: dos de los nuestros fueron mandados á Ripoll y otros dos á Roda, poblaciones en donde fueron numerosas las víctimas de la enfermedad reinante. Fué menester que aquellos Misioneros fueran relevados por otros hasta que cesó la epidemia. En la ciudad de Vich prestamos también muchos servicios á los coléricos, y se nos llamaba á todas las horas del día y de la noche.”

Entre las obras del divino servicio que llevaron á cabo algunos de nuestros primeros Padres, y que fueron de más felices resultados para la Iglesia, notaremos la restauración ma-

terial y moral de la Casa-matriz de las carmelitas terciarias de la Caridad, que fué la base de su admirable propagación por todo el mundo. Tres fueron los que principalmente intervinieron en ella: nuestro amado Fundador, el P. Esteban Sala y su hermano don Bernardo. Fueron las carmelitas terciarias fundadas en Vich el 26 de Febrero de 1826 por una piadosa señora llamada Joaquina Mas y Vedruna, y por su director espiritual, el Rdo. Esteban de Olot, religioso capuchino, de santa memoria. Este último murió á los dos años de la fundación, y aunque tuvo tiempo para escribir las Reglas del nuevo Instituto, bajó al sepulcro sin el consuelo de verlas canónicamente aprobadas y con el pesar de haberse desmembrado de su Congregación las dos Casas de Tárrega y Manresa, que á más de la Matriz, en su vida se habían fundado. Durante los años de la guerra civil padecieron varias alternativas, entre las cuales, la que causó más sentimiento fué el tener que abandonar la Casa-matriz. Volvieron á ella el 16 de Septiembre de 1843, cuando la Sociedad contaba únicamente con las Casas de Vich, Solsona, Barcelona y Cardona. El decenio, de triste memoria, que había transcurrido desde el principio de la guerra fratricida, había sido tan funesto á este Instituto como á todas las otras Asociaciones pías ó religiosas. Tales fueron las calumnias especies levantadas contra el estado religioso, que cesaron casi enteramente así las vocaciones de las jóvenes como las peticiones de los pueblos, los cuales, más ó menos seducidos ó arrastrados por el vértigo antirreligioso, lejos de querer aprovecharse de los apreciables servicios que las caritativas Hermanas les hubieran podido prestar, ya con la asistencia de los enfermos, ya con la educación de sus hijas, se mostraban totalmente indiferentes á tanto bien. En este concepto parecía inevitable la ruina de este utilísimo edificio; pero la amorosa Providencia del Señor le deparó, cuando más lo había menester, un hombre extraordinario, poderoso en obras y en palabras, y cuyo nombre pronunciaban ya las muchedumbres con el respeto debido al de un santo. Tal fué el P. Claret.

En este tiempo comenzaron las estrechas relaciones que le ligaron á este Instituto y que duraron más allá de la muerte. Empezó nuestro Padre por ayudar eficazmente á la Madre Fundadora en la reorganización del Noviciado. Con su apoyo y el del P. Bach pudo hacerse en Octubre del mismo año la fun-

dación de San Juan de las Abadesas, en donde se encargaron del hospital y de la enseñanza de las niñas. Pero había que remover un poderoso obstáculo para lograr el completo desarrollo del Instituto. No había en él vínculo alguno que asentase la volubilidad propia de las mujeres, porque todavía no se hacían votos en él, si no es en el secreto de la confesión, y así no podía menos de haber muchas defecciones que herían no poco la buena reputación del Instituto. Dióles nuestro Padre á principios de 1844 unos ejercicios espirituales, en los que les pintó tan al vivo las excelencias de los votos religiosos, con los cuales el alma hace á Dios entero sacrificio de sí misma, que las Hermanas Paula Delpuig de San Luis y Raimunda Ribas de San Joaquín, movidas con las ardientes palabras del Siervo de Dios y anhelando consagrarse enteramente á Jesucristo, después de haber obtenido el beneplácito de la Madre Fundadora, pidieron al Ilmo. Sr. Casadevall que les permitiese hacer sus votos delante de la Comunidad, á lo cual accedió gustoso el señor Obispo, quien para este imponente acto delegó sus facultades en el Sr. Claret. Verificóse así el 8 de Febrero de 1844, con gran contento de las Hermanas, por tener la dicha de consagrarse irrevocablemente al Señor en manos de un varón tan santo, al que mucho amaban. En muchas otras ocasiones fomentó el espíritu y fervor de las religiosas, ora por medio de los ejercicios, ora por pláticas sueltas, que les hacía siempre que por algún motivo se hallaba en Vich.

De este modo las Hermanas recobraron poco á poco ante el pueblo su prestigio, y entraron algunas jóvenes más y pudieron hacer otras fundaciones en Arbucias, en Balaguer y las Borjas Blancas, en Olot y en Igualada. Nuestro Padre, que atendía con paternal cariño á cuanto podía ser útil y desenvolver el predilecto Instituto de las Hermanas terciarias, notó que las Constituciones, escritas por el P. Esteban de Olot, y con las que se regían desde su fundación las Hermanas, aunque habían sido aprobadas verbalmente por los Ilmos. señores obispos D. Pablo de Jesús Corcuera, de Vich, y D. Manuel Tabernero, de Solsona, no constaba la aprobación auténticamente, y echó de menos en ellas casi todo lo tocante á su régimen exterior. Por esta causa, siendo ya electo arzobispo de Cuba, aprovechó los últimos momentos de su estancia en